

Un llamado a la fidelidad; una invitación a un viaje hacia el compromiso

Informe final del grupo de trabajo sobre el legado de la esclavitud

RESUMEN EJECUTIVO

Informe de la 176.º Convención Anual

Diócesis de Chicago

22 y 23 de noviembre de 2013

Miembros del grupo de trabajo:

Patricia Abrams
Lascelles Anderson
Alice Brown
La Rev. Shelley Forrester
John Larsen (fallecido)
Gerri Outlaw
El Rev. Primotivo Racimo
Newland Smith
Jewel Tomlinson (fallecida)

Introducción

Hace casi veinte años, la Cámara de los Obispos emitió una epístola pastoral, “The Sin of Racism” (El pecado del racismo), dirigida a “todas las personas bautizadas en la Iglesia Episcopal”. En esa epístola, los obispos afirmaban que “la esencia del racismo es el prejuicio unido al poder” y destacaban que “el pecado del racismo se experimenta a diario en nuestra sociedad, en nuestra Iglesia y en sus instituciones, en la Cámara de los Obispos”. Esta epístola pastoral también trataba el tema de los privilegios de los blancos y concluía con las siguientes palabras: “la erradicación del racismo requiere decisiones intencionales y deliberadas, que sean propuestas y respaldadas por la gracia de Dios”. En marzo de 2006, la Cámara de los Obispos emitió otra epístola pastoral bajo el título “The Sin of Racism: a Call to Covenant” (El pecado del racismo: un llamado a la alianza), en la que los obispos renovaban su compromiso con la epístola pastoral de 1994 y continuaban su compromiso con la siguiente afirmación: “con la ayuda de Dios, (nosotros) abogamos por una respuesta continua a la pecaminosa herencia de la esclavitud...”. Cuatro meses después, la 75.ª Convención General adoptó la resolución A123: Reconciliación racial y de la esclavitud. Esta resolución exigía a las diócesis que durante el próximo trienio, recopilaran y documentaran información detallada de su comunidad sobre: (a) la complicidad de la Iglesia Episcopal en la institución de la esclavitud y en la posterior historia de segregación y discriminación; y (b) los beneficios económicos que la Iglesia Episcopal obtuvo de la institución de la esclavitud. La epístola también pedía un eminente culto de arrepentimiento. La Convención General de 2009 procedió a prorrogar esta resolución hasta finales del trienio que finaliza en 2015. En julio de 2010, como continuación de la resolución F-172 de la convención diocesana de 2009, el obispo Jeffrey D. Lee de Chicago invitó a las personas identificadas anteriormente a aceptar la membresía en el grupo de trabajo sobre el legado de la esclavitud (Task Force for the Legacy of Slavery, TFLS) de la Diócesis de Chicago. El TFLS se reunió por primera vez el 27 de julio de 2010 y se ha reunido mensualmente desde entonces.

Resultados de la investigación

La parte principal de la recopilación de nuevos datos llevada a cabo por el TFLS fue la investigación archivística del material pertinente a su cargo. Esta investigación fue llevada a cabo por el Profesor Johari Jabir, profesor adjunto en Estudios Afroamericanos en la Universidad de Illinois en Chicago. Jabir comenzó su investigación el 1 de enero de 2012 y la concluyó el 1 de enero de 2013.

El TFLS y su consultor en investigación acordaron el establecimiento de una práctica división de plazos para organizar nuestro estudio archivístico, a saber: (a) 1835-1870; (b) 1870-1960; (c) 1960- 1980; (d) 1980 hasta la actualidad. Las conclusiones clave de la investigación de estos periodos son las siguientes:

(a) El periodo que abarca de 1835 a 1870 se caracteriza por un patrón de silencio muy visible por parte de la Iglesia con respecto a la institución de la esclavitud, a pesar de las voces que intentaban llamar la atención sobre los horrores de la práctica de la comercialización de personas de raza negra y las brutales e inhumanas condiciones en las que tenían que vivir y trabajar los esclavos. Lo que era invisible era la sustancialidad moral de las personas de raza negra, porque así lo disponían la ley y la costumbre en una cultura cívica lamentablemente con carácter racial. Nuestra Diócesis se estableció en 1877, pero la Diócesis de Illinois, que fue nuestra precursora, se estableció en 1835. A pesar de que existe un pensamiento general en los Estados Unidos de que la esclavitud es algo propio de los estados del Sur, las pruebas disponibles muestran claramente que el Norte fue sumamente cómplice en el respaldo de la rápida evolución de las actividades agrícolas e industriales en la nación en general. La mayor parte del respaldo bancario para la agricultura del Sur y para la actividad esclava asociada con la actividad agrícola e industrial en el Sur se ubicaba en el Norte. Nuestra conclusión es que una ubicación en el Norte no hubiera separado a la Iglesia de los horrores acontecidos en la nueva nación, especialmente dada la activa oposición hacia la esclavitud proveniente de los propios esclavos en forma de grandes revueltas y sublevaciones, incluidos el momento del establecimiento de la Diócesis de Illinois y el de nuestra Diócesis Episcopal en Chicago.

(b) El período que abarca de 1870 a 1960 fue testigo del desarrollo de un nuevo lenguaje con el que describir a las poblaciones emergentes de personas de raza negra en el panorama social del desarrollo de Chicago. Santo Tomás, una congregación de la parte Sur, se identificó en documentos oficiales como una congregación “de personas de raza negra”, y Santo Ambrosio, ubicada en la parte oeste de la ciudad, comenzó y destacó la ubicación geográfica de la población de raza negra en la ciudad. Esta condición y este patrón han persistido hasta el presente, junto con un lenguaje que ha incitado y apoyado este distanciamiento social, que ha demostrado ser tan divisorio en una institución (la Iglesia) que debería haber demostrado un establecimiento de normas y comportamientos sociales totalmente diferentes. Parece que, en los últimos años de este periodo, la Iglesia comenzó a abordar situaciones que se desarrollaban en las comunidades de las personas de raza negra mediante el establecimiento de organizaciones benéficas, tales como orfanatos y similares, pero estas estaban claramente definidas para poblaciones específicas y, por lo tanto, estaban pensadas básicamente para defender el trabajo de la Iglesia con poblaciones “foráneas”, en los “márgenes” de la vida social en Chicago.

(c) El periodo de 1960 a 1980 fue un momento decisivo para la nación en general y también para la Iglesia Episcopal, tanto a escala nacional como local. Fue el periodo del movimiento de los Derechos Civiles. Fue mérito de la Iglesia local que hubiera un fuerte impulso para apoyar la incipiente lucha por los Derechos Civiles, a pesar de que a nivel nacional este no era claramente el caso. Hay una sensación de que la actitud positiva local hacia el movimiento cambió drásticamente cuando una población más radical, impaciente y joven tomó el mando del movimiento y, según su pensamiento, vio que su lucha por la integración identificada con Martin Luther King Jr. y su énfasis en la integración y la igualdad individual no daban frutos. Al mismo tiempo, el “éxodo blanco” estaba despojando a las poblaciones locales de grupos demográficos más estables económicamente y los domicilios suburbanos para estas nuevas llegadas, junto con el desarrollo económico y la creación de trabajos, estaban cada vez más lejos del alcance de las poblaciones de las personas de raza negra, que todavía estaban encerradas en sus guetos, en los que había poco trabajo, faltaban viviendas dignas y las escuelas eran aún más precarias.

(d) El periodo de 1980 en adelante simplemente sedimentó las divisiones eclesiales y sociales en la Iglesia, que habían comenzado a desarrollarse en periodos anteriores. Las poblaciones suburbanas, notablemente suprimidas de la diversidad de la vida urbana y, normalmente, más conservadoras respecto de la política, podían continuar con su vida totalmente fuera del espacio habitado por una población eclesial más diversa. No surgían desafíos en cuanto a sus estilos de vida y ningún diálogo podía desafiar su pobre entendimiento del mundo fuera de esos enclaves protegidos. Continuamos viendo y, especialmente, experimentando los efectos de esta bifurcación fundamental de la Iglesia.

(e) Esta bifurcación, muy sentida y reconocida abiertamente, ha obligado a la jerarquía de la Iglesia a reconocer, a lo largo de los años, una y otra vez, esta situación extremadamente indeseable, y la ha forzado a tomar posiciones firmes respecto del problema del racismo y la discriminación. No obstante, resulta difícil llevar a cabo conversaciones y corregir los fracasos para lograr la unidad de la Iglesia entre el pueblo de Dios en la Diócesis Episcopal de Chicago ha sido un objetivo inaprensible. Fue para responder a otro llamado para poner fin a las tan reales barreras para lograr una unidad eclesial viviente, que hasta ahora han sido inalcanzables, que se estableció el TFLS, en nombre de una Iglesia que está experimentando la profunda falta de espiritualidad de dos iglesias que se presentan como una, pero que aún tiene la esperanza de que esta vez podamos empezar de nuevo, con la intensidad necesaria, en busca de una comunidad cristiana unida y con una intención sólida.

Otros temas que dieron forma a nuestros análisis

(a) Hay poca documentación en los archivos de la Diócesis de Illinois y de la Diócesis de Chicago respecto de la resistencia afroamericana a la herencia de la esclavitud dentro de la Iglesia. Las objeciones a la condición marginal de los afroamericanos dentro de la Iglesia Episcopal se muestran claramente en la historia de la Conferencia de Trabajadores de la Iglesia entre las Personas de Color (Conference of Church Workers Among Colored People) establecida en 1883. Este podría ser otro ejemplo del distanciamiento de las preocupaciones de los miembros de raza negra de la Iglesia Episcopal mencionados anteriormente. Harold T. Lewis, autor de *Yet with a Steady Beat* (Aún con ritmo constante), ofrece una explicación detallada de la resistencia de las personas de raza negra en la Iglesia Episcopal.

(b) A pesar de que la Iglesia Episcopal en los Estados Unidos no pudo lograr la definida separación racial en la vida eclesial que caracterizaba a esta vida en la Iglesia Reformada Neerlandesa en Sudáfrica hasta los últimos años del siglo XX cuando la Confesión de Belhar (1986) repudió que se adoptaran herejías, un grupo de clérigos del Sur llevó a cabo un intento serio en 1883, reuniéndose en la Universidad del Sur, para establecer una división formal en la Iglesia Episcopal de los Estados Unidos. Esta iniciativa no tuvo éxito, pero las diócesis del Sur comenzaron una separación muy sistemática de las razas. No encontramos nada en los registros de nuestra propia Iglesia que hablara sobre este hecho. ¿Fue que se desconocía la situación (algo muy poco probable) o se la negaba? No pudimos encontrar la respuesta.

(c) La resistencia de las personas de raza negra a la condición de ser considerados “otros” por una Iglesia nacional para los blancos a lo largo de los años ha sido profunda y sostenida. Puesto que en nuestra propia Iglesia existen congregaciones separatistas, a efectos prácticos, no hemos podido utilizar esta importante historia para discutir cara a cara los problemas relacionados con la raza. Los intentos de iniciar conversaciones que puedan dar vida a esta historia y darle importancia en el mundo actual, a menudo, se encuentran con declaraciones como la siguiente: “La raza no existe”. Se deben encontrar maneras creativas de acabar con esta hostilidad para “establecer conversaciones educativas”.

(d) Destacamos, con gran preocupación, que una Iglesia que ha tomado sus creencias con total seriedad no podría haber mantenido el más absoluto silencio ante los principales asuntos sociales que, por un lado, enmarcaban su formación y, por otro, creaban de forma decisiva el macroclima en el que ha funcionado durante tantos años. Nos hubiese gustado investigar: (1) el papel en los últimos tiempos del clero y los laicos de raza negra en los negocios del día a día en la Diócesis de

Chicago; (2) las probables conexiones económicas que la Iglesia pudo haber tenido con la institución de la esclavitud y las maneras en las que esta se correspondía con los patrones de discriminación que fueron la progenie de la esclavitud racializada, o si actuaba como agente de esa continua consideración de “otredad” de un pueblo de Dios; (3) posibles disyuntivas, si las hubo, entre el culto de los episcopales de raza negra y blanca que explicarían el marcado dualismo que observamos actualmente en las experiencias de culto en ambos grupos. Por cuestiones de tiempo y recursos, no hemos podido profundizar en estos y otros temas, pero consideramos que es un trabajo que aún nos queda por hacer.

Sin embargo, vemos necesario reflexionar teológicamente sobre esta tarea, y añadir esta parte tanto aquí como en el cuerpo central de nuestro Informe Final para la Diócesis de Chicago.

(e) El Informe Final del TFLS enumera algunas piezas clave de investigación que se considera que son absolutamente necesarias. Las recomendaciones específicas son las siguientes:

Que cada congregación, a la luz de los descubrimientos del Informe Final, incluidos sus apéndices, pasen el año que viene realizando una serie de conversaciones acerca del impacto del legado de la esclavitud, la segregación y la discriminación en su contexto local, y hacia el final de este período cada Decanato se reúna durante un día para recibir y debatir los informes de los miembros de las congregaciones.

Que cada congregación en la Diócesis lleve a cabo proyectos de historia oral. Entrevistas con miembros de las congregaciones que arrojen luz a las dinámicas históricas de una congregación dada en términos de raza y clase. Esto puede llegar a ser muy importante para iglesias cuya demografía racial haya cambiado en conjunción con fenómenos sociales como “renovación urbana”.

Que la Diócesis lleve a cabo proyectos de historia oral con personas que hayan participado en varias organizaciones sociales dentro de la Diócesis. A medida que estas organizaciones respondan a las dinámicas sociales de la sociedad, se logrará explicar cómo la Diócesis se compromete con los asuntos sociales y, lo que es mucho más importante, se aprenderá a sostenerlos.

Que la Diócesis realice proyectos de historia oral en las congregaciones o miembros de las diócesis latino/hispanas o asiáticas americanas que hayan sido mencionadas pero no totalmente documentadas en los registros oficiales de la Diócesis. Realizar una investigación más completa sobre estas congregaciones es importante para la conversación sobre razas. Las entrevistas y etnografías podrían ayudar a mover a estas personas desde los márgenes del ministerio hacia el centro de la Diócesis.

Que la Diócesis realice mapas de la Diócesis de Chicago y de su predecesora, la Diócesis de Illinois, en períodos de diez años, ubicando las congregaciones y las poblaciones demográficas según el origen étnico de las zonas cubiertas por estas diócesis.

Que, como conclusión de esta investigación y conversación basadas en la congregación, toda la Diócesis comience un periodo de sinceridad.

¿Qué necesita nuestra fe? Un extracto del Informe Final

A medida que profundizamos en lo teológico de nuestro trabajo de reconciliación en una Iglesia que lucha contra los residuos de la esclavitud y el peso del racismo, no podemos hacer nada mejor que recordar las bases trinitarias de nuestra Fe, esa Fe que confirmamos cada vez que nos reunimos en culto, en especial cuando nos aproximamos a la mesa en la que compartimos de forma comunitaria la fiesta de la Eucaristía, ese misterio que se sitúa en uno al mismo tiempo, en este mundo, en este momento, pero también representa esa única e inexplicable comunión entre lo divino y lo humano. Este es el ejemplo más profundo de la naturaleza del sacramento, que vincula a todos los hijos de Dios en un acto de compartir un solo cuerpo y una sola sangre. Un Dios Trinitario se ubica en el centro de nuestra vida de Fe.

El concepto de la Trinidad no siempre estuvo disponible para la Iglesia. Es importante que recordemos que ha sido conscientemente forjado contra diversas doctrinas heréticas que buscaban separar la humanidad de Jesús de su divinidad, en una lucha que se expandió durante un largo periodo de tiempo durante la Iglesia Primitiva. Su núcleo es una doctrina que se preocupa por la unicidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, una comprensión que no habla de tres personas separadas en cuerpo de manera extrínseca, sino de un Dios verdadero, que es uno y a la vez es: Dios, el Padre, el Creador; Dios, el Hijo, el Redentor; y Dios, el Espíritu Santo, el Consolador en una relación sin costuras, infundida en el amor, cuya evidente cualidad es la unidad, lo que los teólogos llaman “pericóresis”. En este momento, para nosotros, es nuestra tarea más urgente recuperar y ejemplificar esa unidad en la vida de la Iglesia, una unidad que se ha desgastado no tanto por las

decisiones eclesiásticas, sino por la ausencia de una adherencia profundamente consciente a los principios duraderos de esa Fe Trinitaria y sus implicaciones éticas como el proceso de construir una nación desplegada sobre todas las instituciones importantes de una América en desarrollo.

Es importante para nosotros que recordemos que este concepto de Divinidad Trinitaria se encuentra en el centro de nuestra vida litúrgica, como la base en la cual nos reunimos en nuestra alianza bautismal, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Efesios 5: 18-20).

Una Iglesia que se toma seriamente su estado de relación pericorética no podría haber permanecido silenciosa ante las brutalidades que ha perpetrado un grupo contra otro a plena luz del día en la experiencia estadounidense ante la esclavitud racial y su prole. El hecho de que nuestra Iglesia no desafió vigorosamente a estos demonios poniéndose en medio, e incluso ahora lucha contra la desunión de ella misma, que es un resultado directo e indirecto de esa sórdida historia, es la primera e ineludible razón de este llamado urgente a la verdad y al cambio.

Pero el curarse a sí misma no es la única razón para llevar a cabo este esfuerzo. Más importante, si es cierto que la Iglesia es fiel a su llamado de ser profeta en un mundo lleno de injusticias de todo tipo, debería hablar a la comunidad que se encuentra fuera de sus muros con convicción, y actuar de forma convincente, con coherencia y prudencia respecto de todas las circunstancias que perjudican la santidad de la creación de Dios, en especial sobre aquellas que toleran la dominación, esencial o inducida, de un grupo de personas por sobre otro.

El objetivo de nuestro trabajo no es más que un empuje completo hacia lograr la reconciliación y la encarnación del cuerpo en un espíritu de perdón a través de varios dominios de la vida de la Iglesia, junto a la promesa de no volver a permitir que los prolongados efectos de la racialización de la humanidad contribuyan a aumentar la distancia entre personas de raza negra y personas de raza blanca en las circunstancias de nuestra comunidad eclesial. Esto también implica que, a medida que nuevos grupos pasen a formar parte de la Iglesia, los recibamos con gozo y los incorporemos sin reservas como ejemplos de las diversas riquezas del acto creativo de Dios. Es el fracaso en lograr la unidad en presencia de Dios, y manifestado en Su Iglesia, que ha estado representado durante mucho tiempo en un estado de difícil recepción de dos pueblos en una condición marcada por sospechas, dolor, falta de confianza, junto a la incapacidad de abrirse unos a otros en una conversación fuerte acerca de los asuntos divisorios entre razas, los que nos ofrecen una imagen de un parentesco no reconciliado como familia. Deberíamos preocuparnos por la recuperación de la unidad que nos viene de ser hijos de un Dios Trinitario, en donde las diferencias no están elevadas como marcadores específicos sustanciales, sino que se ven alternativamente como marcadores de una diversidad divinamente ordenada que evidencia la abundancia de la vida como un regalo del Dios Trinitario, que se nos ha dado libre, maravillosa y generosamente.

Conclusión

El primer impacto del legado de la esclavitud, la segregación y la discriminación de la Diócesis de Chicago y su predecesora, la Diócesis de Illinois, como resultado del privilegio hacia la raza blanca ha sido la construcción de un muro invisible de separación entre los miembros de raza blanca de la Diócesis y los afroamericanos que buscaban “refugio en la Casa del Maestro”. La Cámara de los Obispos, en su epístola pastoral de 1994, “The Sin of Racism” (El pecado del racismo), pregunta: “¿Cómo puede la Iglesia ofrecer a todas las personas el ‘beneficio supremo de conocer a Cristo’, cuando muchas veces es ella misma el bastión de separación? ¿Cómo puede la Iglesia Episcopal, que refleja la cultura dominante, ser un factor de cambio ante las actitudes y los comportamientos raciales destructivos? ¿Estamos listos para descubrir un nuevo terreno común en el que todos podamos estar juntos? Confiamos en la gracia de Dios para que nos permita salvarnos de tan infelices divisiones”. Estas “infelices divisiones” se han documentado no solo en la investigación llevada a cabo por el Dr. Johari Jabir sino también por el Grupo de Referencia Clerical Afroamericano y los miembros del grupo de trabajo también han continuado su tarea. El Dr. Jabir capturó este muro de separación en las cuatro siguientes categorías de líneas de tiempo: 1) Silencio e invisibilidad: 1835-1870; 2) Actos de la agencia, buscando refugio en la Casa del Maestro: 1870-1960; 3) Una teología social activa en conflicto: El compromiso de la Iglesia con el movimiento de los Derechos Civiles; mantener la segregación institucional: 1960-1980; y 4) La raza y el cambio en los perfiles congregacionales: 1980 - actualidad. Dos de los temas que emergieron en el Grupo de Referencia Clerical Afroamericano fueron la falta de poder, influencia y agencia por parte del clero afroamericano en la Diócesis y la división racial: el privilegio de la raza blanca. Este muro de separación invisible se documenta aún más en el Informe Final del grupo de trabajo en cada una de sus secciones desde lo teológico hasta la Iglesia y la raza en la perspectiva histórica: la experiencia de la Diócesis Episcopal de Chicago, el privilegio de la raza blanca, el silencio y la invisibilidad, la respuesta de la raza negra episcopal a las expresiones de silencio e invisibilidad y la economía del legado de la esclavitud.